

Homilía del 8 de Agosto, 2021

“...si el grano de trigo sembrado en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, producirá mucho fruto.”

Tenemos dos frases célebres de San Lorenzo. Pienso que tal vez nos cansemos de escucharlas, pero luego me daré cuenta de que algunos las escucharán por primera vez.

San Lorenzo fue diácono de Roma y ayudante del Papa San Sixto (segundo) II, "...que siguió a ese pontífice en el sufrimiento". Uno de los siete diáconos, Lorenzo nació probablemente en Huesca, España. Ambrosio escribió que Lorenzo se sintió abrumado por el dolor cuando Sixto (segundo) II fue condenado a muerte, pero se alegró cuando le dijeron que el Papa había dicho que Lorenzo le seguiría en el martirio dentro de tres días. Cuando las autoridades romanas reclamaron los tesoros de la Iglesia, Lorenzo les presentó a los pobres y lisiados".

Aquí escuchamos la primera de sus famosos comentarios: "Estos son los tesoros de la Iglesia".

Y sólo por Lorenzo haber dicho esto, en lugar de entregar lo que las Autoridades pensaban que eran grandes cantidades de riquezas, fue colocado en una parrilla al rojo vivo, donde hizo famosa su otra frase.

El chiste que le hizo al juez mientras lo torturaban hasta morir asado vivo en la parrilla es, en latín, “Assam est; versa, ¡et manduca!” Que se traduce como “ya está bien hecho, voltéalo y cómetelo ” o "La carne ya está lista, pueden comer".

Prudencio informó de que el ejemplo de fidelidad y humor de Lorenzo en la muerte llevó a la conversión de un romano.

El martirio de Lorenzo tuvo lugar en el año doscientos cincuenta y ocho. A principios del siglo trescientos ya se conocían los detalles de su muerte (siglo IV). Es decir, a los cincuenta años de su muerte. Su testimonio fue conocido y escrito por Dámaso, Ambrosio, Prudencio y Agustín.

¿Qué Podemos aprender hoy de nuestro Santo Patrono?

En primer lugar, la cita en latín de voltéalo y cómetelo golpea nuestros oídos, especialmente en este mes. "Voltéalo y Comételo". Sé que he recordado a todos que durante cinco semanas leeríamos el capítulo sexto del Evangelio según San Juan. Pero estas semanas están llenas de muchas otras observaciones. La semana pasada nos concentramos más en los Misioneros de la Santa Cruz. Esta semana, en nuestro Patrón, con nuestro Evangelio de Juan Capítulo doce. La próxima semana, la Asunción cae en domingo, así que nos centraremos en la obra de Dios a través de nuestra Santísima Madre. No obstante, el capítulo sexto de Juan nos recuerda que Nuestro Señor nos dijo que,

“Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. Y el pan que yo les voy a dar es mi carne para que el mundo tenga vida”.

Los cristianos de los primeros siglos fueron acusados de canibalismo, de comer la carne y beber la sangre de los humanos, porque la gente tomaba trozos de nuestro culto y los malinterpretaba. Esto se debe a que desde el principio estábamos haciendo lo que Jesús nos dijo que hiciéramos: la misa. Tomar y comer, tomar y beber - de Él. Esto no se le habría pasado por alto a San Lorenzo, ni a los primeros cristianos, que, al igual que su muerte era una participación en los sufrimientos de Nuestro Señor, la imagen que le habían dado los romanos -ser asado lentamente como un cerdo - recordaría que somos alimentados por Aquel que es verdadera comida y verdadera bebida para una verdadera existencia celestial.

En segundo lugar, la traducción "está bien hecha" nos trae a la mente las palabras que Nuestro Señor pronunció en una parábola. Todos esperamos, al final de nuestra vida, escuchar a Nuestro Rey decir: "bien hecho, siervo bueno y fiel, entra en tu descanso".

En tercer lugar, al igual que entonces, también hoy se nos recuerda que nuestros tesoros son los pobres y los necesitados. A ellos podemos confiar nuestros bienes, pues son más valiosos que el oro a nuestros ojos.

En cuarto lugar, está el mandato que se nos da constantemente: amar a Dios con todo nuestro ser, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Lorenzo y todos los primeros cristianos estaban tan atrapados en el amor a los demás que su estilo de vida destacaba ante los que les rodeaban. La Iglesia creció incluso en medio de la persecución. La gente quería el amor y la alegría que impulsaba a estos cristianos a cuidar de los débiles y de sus enemigos. Querían conocer al Dios que les daría este tipo de amor. Es un amor que aún hoy sigue convirtiendo. Y es esa falta de amor la que aleja a la gente.

Y, por último, está la alegría y la paz que se derivan de una relación con Cristo y su Iglesia que permite -en medio del dolor tortuoso- un humor que produciría una broma que resuena a través de los tiempos. Al rezar las letanías de los santos, pedimos que Cristo mire con buenos ojos a la persona por la que rezamos, porque ha experimentado una muerte como la de Cristo. En nuestro bautismo morimos y resucitamos con Cristo. En los mártires vemos que podemos morir una muerte como la suya, si se da el caso. Porque es una muerte que es una puerta a una vida aún mejor que la que Cristo nos ha dado ahora.

Lorenzo fue testigo de tal alegría y paz. Vayamos y hagamos lo mismo.

“...si el grano de trigo sembrado en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, producirá mucho fruto.”